

PLIEGO

Vida Nueva
3006. 8-14 DE
OCTUBRE DE 2016



Pablo VI y su oración a la Reina de la Paz

En el 50º aniversario de
la encíclica *Christi Matri*

ANTONIO M^a CALERO, SDB



El 15 de septiembre de 1966, consciente de que una de las dimensiones de su ministerio era “conservar y consolidar la paz... con paciencia y constancia”, Pablo VI publicaba *Christi Matri*, una encíclica apenas conocida en la que ordenaba “súplicas a la Santísima Virgen para el mes de octubre”. Y es que aquel contexto (Guerra Fría, conflicto de Vietnam...) dibujaba una paz “incierta e inestable”. Hoy, 50 años después, releemos este breve documento papal para descubrir que nuestro mundo sigue necesitado de una oración en la que imploremos la intercesión de María, Reina de la Paz.

INTRODUCCIÓN

Los años comprendidos entre los 60 y los 80 del siglo pasado constituyeron décadas particularmente laboriosas y duras desde el punto de vista sociopolítico y de ajuste de las consecuencias derivadas de toda la época anterior y, en particular, de los años de la llamada Guerra Fría¹.

El denso clima de preguerra existente entre los dos grandes bloques (Estados Unidos y Unión Soviética), percibido por Pablo VI desde su particular sensibilidad humana y espiritual, hizo que el Pontífice sintiera la imperiosa necesidad de dirigirse a todo el pueblo cristiano en forma de encíclica. Efectivamente, en esas dramáticas circunstancias el papa Montini escribió la encíclica *Christi Matri* (15 de septiembre de 1966). Una encíclica notablemente corta (apenas diez breves números), cuyo núcleo central era pedir de forma angustiada a la Iglesia universal que orara por la paz del mundo poniendo como intercesora precisamente a María, la Madre del Señor y Reina de la Paz.

No hacía otra cosa que continuar la tarea de sus predecesores en el empeño de ser instrumentos del Señor para construir una paz firme y duradera entre todos los hombres. Así lo expresaba en el inicio mismo de la encíclica: “Como a nuestros últimos predecesores,

Dios providentísimo también parece habernos confiado la tarea peculiar de que nos consagremos a conservar y consolidar la paz, tomando el trabajo con paciencia y constancia”².

Frente a la dramática situación de una humanidad amenazada con el inminente estallido de una guerra que hubiera sido la III Guerra Mundial, el papa Pablo VI recurrió confiado a dos instrumentos complementarios, de indudable importancia, aunque de desigual valor:

■ Estaba, por una parte, la apelación angustiada, hecha con todo el énfasis posible, a la sensatez de la que debían hacer gala los dirigentes de las naciones presentes en la Asamblea General de la ONU para mantener la paz.

■ Estaba, por otra parte, el recurso plenamente valioso –diríamos que ‘infalible’, en la mente del Papa– de la oración a María, Madre de Misericordia, Reina de la Paz e intercesora poderosa delante de Dios Padre, especialmente en los momentos de graves problemas y necesidades tanto de la Iglesia, como de la misma humanidad.

I. APELACIÓN ENFÁTICA A LOS PRINCIPIOS DE LA PROPIA ONU

Esta pequeña encíclica tiene que ser estudiada y entendida –en su densa brevedad– en el contexto de las circunstancias belicosas que se vivían

en el mundo en esos años (Guerra Fría) y, de forma muy particular, en el contexto de los discursos pronunciados por Pablo VI en Bombay (1964), en la Asamblea General de la ONU (1965) y en otros momentos en los que el Papa se había referido al tema de la guerra y de la paz.

Pablo VI comienza su encíclica dibujando un panorama absolutamente sombrío: “Está próximo el peligro de una más extensa y más grave calamidad, que amenaza a la familia humana, ya que sobre todo en la región del Asia Oriental se lucha todavía cruentamente y se enardece una laboriosa guerra. (...) Perturban también el ánimo los acontecimientos que se sabe han sucedido en otras regiones, como la creciente competencia de las armas nucleares, el insensato deseo de dilatar la propia nación, la inmoderada estima de la raza, el ansia de derribar las cosas, la desunión impuesta a los ciudadanos, las malvadas asechanzas, las muertes inocentes; todo lo cual puede ser origen de un sumo mal”³.

El Papa aparece aquí fuertemente impactado por el armamentismo, el expansionismo, el racismo, el instinto de destrucción, la desunión entre los hombres y los pueblos, la maldad del corazón del hombre y, en definitiva, la muerte.

Aparece impactado, de una forma del todo particular, por el aparente y –al parecer– inminente inicio de una nueva y devastadora guerra, que hubiera sido la III Guerra Mundial en pleno siglo XX. No hay que olvidar que, en esos años (1945-1991), el mundo estaba en plena Guerra Fría, es decir, en la larga, abierta y peligrosa rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética; una rivalidad que abarcaba todos los campos posibles: el político, el social, el militar, el informativo e incluso el deportivo. Esos años de Guerra Fría se caracterizaron por una paz inestable, pendiente de un hilo, marcada por una serie de acontecimientos que no hacían más que aumentar y agravar la ansiedad y el temor de un nuevo período bélico: entre otros, la invasión de Corea del Norte por Corea del Sur (1950), la muerte del dictador **Joseph Stalin** (1952) y la que fue la mayor crisis de este tiempo: la instalación de bases soviéticas de misiles en la isla de Cuba (1962), a pocos kilómetros de las costas norteamericanas.

Todo esto no hacía más que aumentar el serio temor de una nueva guerra mundial, en personas que, como Pablo VI, tenían, por una parte, un profundo conocimiento acerca de la situación del mundo junto con una gran sensibilidad humana y, por otra, una grave responsabilidad en la marcha del mundo. De ahí su aprehensión, su temor y hasta su gran angustia personal ante un próximo conflicto bélico. Eso explica el angustioso y casi patético llamamiento que hizo a los representantes y miembros responsables de todas las naciones presentes en la ONU, tanto para que no dieran el plácet a un nuevo conflicto bélico, como, sobre todo, para mantener la situación de paz que se vivía en esos momentos en el mundo aunque fuera sumamente frágil y problemática.

En la constante y esperanzada actividad a favor de la paz, Pablo VI se había dirigido al cuerpo diplomático acreditado en la India, con motivo de su viaje apostólico para el Congreso Eucarístico Internacional de 1964. En esta ocasión había recordado que en un país como la India, que profesa una larga tradición de no violencia, él quería aportar un testimonio en favor de la paz. Decía: “Nos,

invitaremos ininterrumpidamente a los jefes responsables del destino de los pueblos a que no renuncien jamás a ninguna iniciativa que pueda proporcionar a la humanidad este deseadísimos bien. Nos, no dejaremos de recordar que el edificio de la paz puede hallar sólidos fundamentos solamente en la justicia, en la caridad y en la libertad, como subrayaba **Juan XXIII** en su encíclica *Pacem in terris* (...). En cuanto a vosotros, os decimos: trabajad, trabajad también vosotros por la paz”⁴.

Siguiendo esta misma línea, es necesario inscribir, con particular relieve, la visita que –invitado por el entonces secretario general de Naciones Unidas, el señor **U Thant**– realizó a la ONU, ante cuya Asamblea General pronunció un memorable discurso en la sesión del día 4 de octubre de 1965⁵. Merece la pena escuchar directamente estas que no dudamos en calificar de premonitorias palabras del Papa en su extensa y sólida intervención.

■ Después de reconocer las muchas benemerencias de la ONU a lo largo de sus largos años de existencia, después de reconocer y alabar que la vocación fundamental de la propia ONU sea “hacer fraternizar no a algunos pueblos sino a todos los pueblos” (n. 6), después de expresarles el deseo de que continúen avanzando por ese camino, les anima, ‘como comunidad pacífica’, a que actúen de tal modo que la confianza que tienen bien ganada en el universo entero “nunca sea menoscabada ni traicionada”.

■ La lógica del deseo de fraternidad universal que pertenece a la estructura de la ONU lleva a Pablo VI a proponerles completar ese deseo con una nueva fórmula: “Que nadie en su calidad de miembro de la ONU sea superior a los demás; que no esté uno sobre el otro. Es la fórmula de la igualdad. (...) La igualdad también forma parte de su constitución [de la ONU], no porque seáis iguales, sino porque *aquí estáis como iguales*. Y puede que, para varios de vosotros, sea este un acto de gran virtud” (n. 7).

■ Después de esta clara y hasta realista pero valiente propuesta, pasa Pablo VI a lo que él mismo llama “el punto culminante” de su disertación. Punto culminante por su gravedad y solemnidad, de la que es consciente el mismo Papa, y que son los propios miembros de la ONU los que lo están aguardando: “*Nunca jamás los unos contra los otros; jamás, nunca jamás*. ¿No es con ese fin sobre todo que nacieron las Naciones Unidas: contra la guerra y para la paz? Escuchad las palabras de un gran desaparecido: **John Kennedy**, que hace cuatro años proclamaba: ‘*La humanidad deberá poner fin a la guerra, o la guerra será quien ponga fin a la humanidad*’. No se necesitan largos discursos para proclamar la finalidad suprema de vuestra organización. Basta recordar que la sangre de millones de hombres, que sufrimientos inauditos e innumerables, que masacres inútiles y ruinas espantosas sancionan el pacto que os une en un juramento que debe cambiar la historia futura del



mundo. ¡Nunca jamás guerra! ¡Nunca jamás guerra! Es la paz, la paz, la que debe guiar el destino de los pueblos y de toda la humanidad” (n. 5).

■ Completando su pensamiento, afirmaba un poco más adelante con toda convicción y realismo: “La paz, como sabéis, no se construye solamente mediante la política y el equilibrio de las fuerzas y de los intereses. *Se construye con el espíritu, las ideas, las obras de la paz.* (...) Si queréis ser hermanos, dejad caer las armas de vuestras manos: no es posible amar con armas ofensivas en las manos. Las armas, sobre todo las terribles armas que os ha dado la ciencia moderna antes aun de causar víctimas y ruinas, engendran malos sueños, alimentan malos sentimientos, crean pesadillas, desafíos, negras resoluciones, exigen enormes gastos, detienen los proyectos de solidaridad y de trabajo útil, alertan la psicología de los pueblos” (n. 5).

■ Al mismo tiempo, denunciaba con audacia y valentía del Espíritu: “Es imposible ser hermano si no se es humilde. Pues es el orgullo, por inevitable que pueda parecer, el que provoca las tiranteces y las luchas del prestigio, del predominio, del colonialismo, del egoísmo. El orgullo es el que destruye la fraternidad. (...) El edificio que vosotros construís no se cimienta en bases puramente materiales y terrenas, ya que entonces sería un edificio construido sobre la arena; sino que, ante todo, descansa en nuestras conciencias. Sí, ha llegado el momento de la ‘conversión’, de la transformación personal,

de la renovación interior. (...) El edificio de la civilización moderna debe construirse sobre principios espirituales, los únicos capaces no solo de sostenerlo, sino también de iluminarlo y darle vida” (n. 7).

Hasta aquí podríamos decir que Pablo VI se ha referido a la indispensable aportación que tienen que hacer los hombres, especialmente los responsables de las naciones, para que la paz deje de ser una hermosa palabra o un simple deseo utópico, para convertirse en una feliz realidad entre los humanos y entre las naciones.

II. RECURSO AL PODER DE LA ORACIÓN Y A LA INTERCESIÓN MATERNA DE MARÍA

La paz, cristianamente entendida, no es fruto del simple ‘voluntarismo’. La aportación del hombre, su voluntad comprometida para construir la paz, es indispensable. Desde el momento en que es, ante todo, “don” de Dios, el énfasis fundamental al construir la paz es necesario ponerlo en Dios, que no actuará sin el hombre; como, por lo demás, ocurre en todos los ámbitos de la vida cristiana. Ya lo intuyó san **Agustín** con su inteligencia de águila y su capacidad de esculpir las ideas en palabras: “Dios, que te creó sin ti, no puede salvarte sin ti”⁶. Es decir, cristianamente hablando, la paz profunda y duradera entre los hombres es fruto ante todo de la acción de Dios en la humanidad. Una actuación, de todas formas, que no basta: se requiere siempre, como condición indispensable, la colaboración comprometida del hombre.

Oración por la paz

La dinámica de la vocación cristiana –y, por consiguiente, de la oración– excluye absolutamente toda forma de automatismo. No actúa al estilo de las máquinas de refrescos o de chucherías: se pone la moneda, se oprime el botón y al instante tenemos en las manos el objeto deseado. En la dinámica cristiana, la persona humana tiene una importancia decisiva: es sencillamente imprescindible. Acabamos de recordar la formidable intuición agustiniana.

Así lo vemos plasmado en la vida de **Jesús de Nazaret** también en el tema que nos ocupa. Efectivamente, a lo largo de su vida, Jesús fue un predicador incansable de la paz. Preanunciado él mismo por los profetas como el “Príncipe de la paz” (Is 9, 6), en su nacimiento cantan los ángeles a la paz; durante su ministerio público, anuncia la paz; proclama ‘bienaventurados’ e ‘hijos de Dios’ a los que trabajen por la paz, y envía a los discípulos para que lleven la paz adonde quiera que vayan. Resucitado, es la paz el primer saludo que dirige a los atónitos discípulos.

Pero es en la Última Cena con los discípulos donde les habla con mayor claridad sobre la paz. Les dice: “Paz es mi despedida. Os deseo la paz, la mía. No os la deseo como la desea el mundo” (Jn 14, 27). Hace una clara distinción entre la paz que Él da y desea a sus seguidores, una paz profunda y transformadora, y la paz que da el mundo: la paz diplomática de las cancillerías, una paz de pura conveniencia, una paz interesada y engañosa con harta frecuencia.

Ante estas actuaciones de Jesús, se pueden sacar ya dos sencillas conclusiones:

■ La paz no es un argumento baladí en la mente y en la predicación de Jesús: es un argumento central.

■ La paz de Jesús no es simplemente homologable a lo que entre los hombres se conoce con frecuencia con el vocablo ‘paz’.

En la construcción de la paz, la aportación y el esfuerzo del hombre son absolutamente indispensables. Pero lo es igualmente contar con Dios que, siendo fuente y origen de la paz, puede darla a los hombres que ponen de su parte todo lo necesario para contar con este precioso ‘don’ de la paz. De ello es muy consciente





Pablo VI cuando recuerda que “es necesario que (...) pidamos los auxilios celestiales, ya que la paz, cuyo ‘bien es tan grande, que aun en las cosas terrenas y mortales, nada más grato se suele escuchar, nada con más anhelo se desea, nada mejor finalmente se puede encontrar’⁷, *debe ser pedida* a aquel que es ‘Príncipe de la paz’ (Is 9, 6)”⁸.

María, intercesora ante Dios

En la historia de la Iglesia, María fue apareciendo muy pronto como la mujer intercesora ante Dios por excelencia: es aquella que, como en Caná de Galilea, incansable y confiadamente, dice a Cristo el Hijo: “No tienen vino” (Jn 2, 3).

Efectivamente, a la humanidad le sigue faltando con demasiada frecuencia el vino de la armonía entre los corazones, el vino de la convivencia gratificante, el vino de lo necesario para vivir, el vino de la comprensión y de la concordia entre los hombres, el vino del perdón y de la misericordia, el vino de la dignidad de la mujer, el vino de la verdadera igualdad entre todos...

Y, por otra parte, ahí sigue siempre María, intercediendo y diciendo incansablemente a todos: “Haced lo que él os diga” (Jn 2, 5). Porque la ‘intercesión de María’ no se interpone entre Dios y el hombre para opacar el ser de Aquel por quien “vivimos, nos movemos y existimos”

(Hch 27, 18), sino todo lo contrario: para poner de relieve, en una pura criatura, la bondad misericordiosa de Dios sobre la humanidad a pesar de los posibles fallos y maldades del corazón del hombre.

Es así, a mi entender, como hay que interpretar la intercesión de María en relación con Dios⁹. En efecto, los cristianos no estamos ante un Dios duro, justiciero implacable, insensible al dolor humano y al que haya que “arrancarle”, a fuerza de insistir, que conceda aquello que los hombres podamos necesitar con cierta urgencia. No es ese el Dios que nos presentó Cristo, el Hijo, que llegó a afirmar: “No hace falta que se lo pidáis, el mismo Padre os ama” (Jn 16, 27).

De ahí que, si María es una intercesora atenta, comprensible, misericordiosa gracias precisamente al amor de predilección que Dios le tiene, cuánto más comprensible y misericordioso será el propio Dios que le hace ser a ella lo que es y como es.

La larga historia de la Iglesia, comenzando por los mismos Padres apostólicos, avala este recurso confiado de hijos a la intercesión de María en momentos de particular dificultad, como pueden ser las persecuciones y peligros de diversa índole. Así, encontramos ya, en plena Edad Media, la doctrina mariana de san **Bernardo** (1090-1153) expresada, entre otras formas, en la famosa oración que el Santo dejó para la posteridad: “Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestro auxilio y reclamando vuestro socorro, haya sido abandonado de Vos. No desechéis, oh Madre de Dios, mis humildes súplicas; antes bien, escuchadlas y acogedlas benignamente. Amén”.

Pablo VI demostró, en la última parte de esta encíclica, una devoción profunda a la Madre del Señor y una confianza ilimitada en el poder de intercesión de María. De hecho, en el caso que nos está ocupando, la III Guerra Mundial no estalló a pesar de los temibles e inminentes presagios que se daban entre los dos grandes bloques de naciones.

En base a esta milenaria confianza en María dentro de

la Iglesia, Pablo VI se dirige a la comunidad eclesial del mundo entero pidiendo oraciones para alcanzar del Señor la paz, poniendo como intercesora precisamente a la bienaventurada Virgen María.

En efecto, recuerda a los fieles de la Iglesia católica que este recurso a María –comenzando por el ejemplo de san Agustín y seguido por el de san Anselmo– llega ininterrumpidamente hasta nuestra época con León XIII. Por eso estamos seguros de que “no ponemos en vano en María nuestra esperanza, conmovidos por esta terrible perturbación” (n. 5).

Salvando las distancias del tiempo y de las cambiadas circunstancias de la sociedad de nuestros días, cabe pensar que, en el pensamiento y en la psicología del papa Pablo VI, estuviera funcionando el recuerdo histórico de la famosa batalla de Lepanto (7 de octubre de 1571). Se trataba allí de un momento verdaderamente límite en la vida de la Iglesia católica, amenazada por los turcos que deseaban aniquilar al ejército cristiano y, con él, a la Iglesia misma. Se trataba ahora de un ‘momento límite’ de la humanidad, al borde de la III Guerra Mundial, que habría aniquilado a la humanidad misma, dados los mortíferos recursos con los que contaban las dos grandes potencias contendientes: Estados Unidos de América y la Unión Soviética.

En momentos tan sumamente críticos, recurre Pablo VI a la poderosa intercesión de María. Una intercesión que, años más tarde, expresaría Juan Pablo II, con igual confianza y persuasión en ese poder de mediación intercesora de la bienaventurada Virgen María en su condición de Madre de Cristo el Mediador: “El ir [María] al encuentro de las necesidades del hombre significa, al mismo tiempo, su introducción en el radio de acción de la misión mesiánica y del poder salvífico de Cristo. Por consiguiente, se da una mediación: María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. Se pone ‘en medio’, o sea, hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede –más bien, ‘tiene el derecho de’– hacer presente al Hijo las necesidades

de los hombres. Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de intercesión: María ‘intercede’ por los hombres. No solo: como Madre desea también que se manifieste el poder mesiánico del Hijo, es decir, su poder salvífico, encaminado a socorrer la desventura humana, a liberar al hombre del mal que bajo diversas formas y medidas pesa sobre su vida”¹⁰.

De ahí el recurso a María y, en particular, a la devoción del Rosario. Oración esta que califica Pablo VI de “muy acomodada al sentido del pueblo de Dios, muy agradable a la Madre de Dios y muy eficaz para impetrar los dones celestiales” (n. 6).

Como se advierte fácilmente, resuenan en estas apreciaciones la larga tradición de la devoción del Rosario, nacida en plena Edad Media, que había recibido un definitivo espaldarazo por parte del papa san Pío V (dominico), con motivo de la victoria de Lepanto, precisamente el 7 de octubre de 1571, fiesta de Nuestra Señora del Rosario.

La gravedad de las circunstancias que se vivían en los años 65-66 del siglo XX llevó a Pablo VI a pedir a toda la Iglesia que el 4 de octubre de 1966 (aniversario de su viaje a la ONU) se celebrara como “día señalado para pedir por la paz” (n. 8)

La eficacia de la oración cristiana

En este punto, es necesario precisar –a mi parecer– esta eficacia “objetiva” de la oración de intercesión, ya que

en otros casos, en los que parece que la oración de intercesión no alcanza *siempre* su objetivo, la decepción puede conducir a una auténtica descalificación de la “oración de petición” como tal.

A nuestro entender, la oración cristiana está lejos (tiene que estar lejos) de toda forma de automatismo, de toda eficacia que podríamos llamar ‘mecánica’ o incluso ‘mágica’. La oración cristiana tiene que ser entendida como la entendió Jesús en el Evangelio: es decir, como el coloquio entre dos personas, Dios y el orante. Se trata, por consiguiente, de un diálogo amoroso, confiado, comprometido a hacer todo lo que el Padre-Dios pide al hijo que se le confía. Un diálogo que no solo no elimina el compromiso por parte del hombre, sino que lo establece y exige.

Según esto, orar –en nuestro caso, pidiendo la paz– debe significar, ante todo, pedir a Dios Padre la fuerza y la energía que necesitamos para construir nosotros –el ser humano– la paz, verdadero proyecto y designio del Padre-Creador para sus criaturas: “Tus designios son misericordia y paz”. Nadie como el Dios de Jesús quiere y desea más la paz entre los hombres. Por consiguiente, el sentido de la oración por la paz tiene que ser este: “Danos la fuerza, la ilusión, la energía, el coraje, la valentía, la fortaleza y la perseverancia que necesitamos para ser constructores de paz en la tierra según tu proyecto”.

También en este campo, hay que actuar confiando en Dios como si todo dependiese de Él; pero comprometiéndose los hombres (gobernantes y responsables de las naciones) como si todo dependiese de nosotros mismos. En virtud del misterio de la Encarnación, la relación del hombre con Dios se traduce en una verdadera “sinergia” según la cual no es pensable la criatura humana sin Dios, pero tampoco es pensable Dios sin la colaboración de la criatura humana en todos los órdenes del ser.

De hecho, en el tema que nos ocupa, vemos a Pablo VI que oró angustiosamente e hizo orar a toda la comunidad cristiana impetrando de Dios la paz por la intercesión de María. Pero, al mismo tiempo, se movió al más alto nivel sociopolítico, motivando y hasta conminando a todos los responsables de las



naciones a afianzar en el mundo la verdadera paz, alejando todo peligro de confrontación entre los dos grandes bloques en los que estaba fundamentalmente dividido el mundo.

La intercesión de María

Por lo demás, a estas alturas se impone precisar el sentido de la intercesión de María que invoca Pablo VI.

Comencemos reconociendo, con toda claridad y coherencia, la necesidad que tenemos de usar siempre la “analogía” cuando nos referimos a Dios en su relación con el hombre. Esta analogía, llevada al mismo concepto de Dios, por ejemplo, ha hecho variar profundamente la perspectiva cristiana en lo referente al ser mismo de Dios. Se acentúa más aún esta necesidad a partir del movimiento bíblico, respaldado y confirmado por la encíclica *Divino afflante Spiritu* (30 de septiembre de 1941) de Pío XII. Un movimiento cuyas orientaciones e ideas centrales no hicieron más que afianzarse con la celebración del Concilio Vaticano II y, dentro de él, con la constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación.

Pues bien, en un planteamiento teológico que estuvo vigente hasta las mismas vísperas de la celebración del Vaticano II (e incluso más allá), la imagen que se presentaba de Dios era fundamentalmente la de un Dios concebido como un ser lejano, misterioso, inaferrable, casi innombrable, que necesita comunicarse con el hombre a través de muchos intercesores y mediadores. En los años anteriores al Vaticano II, durante la conocida y celebrada “Era de María” (que algunos llegaron a tildar de ‘hipertrofia mariana’¹¹) hablar de “intercesión”, “mediación” y, sobre todo, de “corredención” tenía un sentido concreto y determinado, de aportación –necesaria o conveniente, según las escuelas mariológicas– de María a la obra de la redención.

Ese sentido cambia profundamente cuando el Dios del que se habla es, en su esencia más profunda, pura Misericordia, puro Amor misericordioso, cercanía total al hombre mucho más de lo que el propio hombre pudiera pensar



y desear: *Intimior mei intimissimus*, dijo Dionisio Cartujano, conocido como el doctor extático¹². Aquí no se necesitan ya ‘intercesores’ para detener la ‘ira de Dios’ frente al pecador, ni ‘mediadores’ para pacificar y, en todo caso, ‘ablandar’ a Dios para que conceda lo que ‘el pobre hombre’ necesita. Siendo plenamente coherentes con el mensaje central del Evangelio, hay que recordar constantemente que el hombre no es frente a Dios un ser miserable y despreciable; para Dios, el hombre es, ni más ni menos, en toda ocasión y en cualquier situación moral en que pueda encontrarse, la “obra maestra” de la creación, más aún, ‘el hijo’ bienamado de Dios (cf. Lc 15, 11-32).

Esta situación, profundamente cambiada en el campo religioso cristiano, plantea algunas serias preguntas cuyas respuestas exigen matizar, al menos, si no cambiar profundamente, los esquemas mentales con los que nos acercamos y hablamos de Dios, superando diversos esquemas llamados ‘tradicionales’. Por ejemplo, ¿en qué sentido cabe hablar hoy de “interceder” ante Alguien (Dios Padre) que es el primero en adelantarse para conceder aquello que se le va a pedir a través de un intercesor? ¿No dijo Jesús que era hora de hablar del Padre claramente y que, por consiguiente, no era necesario pedirle nada al Padre, porque el Padre sabe de sobra lo que necesitamos mucho antes de que le expongamos nuestra necesidad? “No hace falta que se lo pidáis, porque el Padre mismo os ama” (Jn 16, 27), afirmó Jesús de forma categórica. ¿Cabe entonces hablar de persona “mediadora” entre Dios y el hombre, cuando es el propio Dios el que se ha hecho presente entre los hombres

a través de Aquel que realiza en su propia persona la unión sustancial de la divinidad y la humanidad en la más profunda unidad sustancial de la persona divina del Verbo? Con mayor razón, ¿es posible hablar –sin matizar muy mucho– de corredención de María como si los méritos de Cristo, el Redentor único y definitivo, no hubieran sido más que suficientes para reconciliar al hombre con Dios, o si María tuviera que implementar con sus propios méritos los méritos redentores de Cristo? De observar, además, que no es Dios el que se tiene que reconciliar con el hombre, sino que es el hombre el que “se tiene que dejar reconciliar por Dios”, como enseñó en su día el apóstol Pablo (2 Cor 5, 18-21).

Nos encontramos aquí con una verdadera y misteriosa ‘tensión dialéctica’, que nos impide, por una parte, negar la verdadera y auténtica naturaleza de Dios, Uno y Trino, y, por otra, negar el valor objetivo y auténtico que es el hombre ‘frente a Dios’. Por la misma razón, se exige tanto confesar la imprescindibilidad del hombre para que se pueda entender el Dios en quien creemos, como confesar la imprescindibilidad de Dios para que podamos entender al hombre en toda su grandeza y trascendencia.

Siguiendo las enseñanzas y orientaciones del Vaticano II, es preciso hacer cuantas matizaciones sean necesarias a fin de que el mensaje del NT sobre Dios y su relación y acción sobre los hombres, en ningún caso sean interpretados con categorías y planteamientos que pertenecen a la Antigua Alianza.

Con estos elementos ante los ojos, Pablo VI hizo un encendido elogio de la materna y eficaz intercesión

50º ANIVERSARIO DE CHRISTI MATRI

de María, recordando que “estando acostumbrada la Iglesia a acudir a su Madre María, *eficacísima intercesora*, hacia ella dirigimos con razón nuestra mente y la vuestra, venerables hermanos, y la de todos los fieles; pues ella, como dice san Ireneo, ‘ha sido constituida causa de la salvación para todo el género humano’”¹³. “Nada nos parece más oportuno y excelente que el que se eleven las voces suplicantes de toda la familia cristiana a la Madre de Dios, que es invocada como ‘Reina de la Paz’, a fin de que en tantas y tan grandes adversidades y angustias nos comuniquen con abundancia los dones de su maternal bondad. Hemos de dirigirle *instantes y asiduas preces* a la que, confirmando un punto principal de la doctrina legada por nuestros mayores, hemos proclamado, con aplauso de los Padres y del orbe católico, durante el Concilio Ecuménico Vaticano Segundo, *Madre de la Iglesia*, esto es, madre espiritual de ella”¹⁴.

Se trata, evidentemente, de una intercesión que hay que entender necesariamente en el contexto y con las claves teológicas expuestas más arriba: en particular, siguiendo las enseñanzas mariológicas del propio Concilio Vaticano II.

Pequeña pero apasionada encíclica, *Christi Matri* lleva la inconfundible marca de Pablo VI: rebotante de pasión por una humanidad en peligro, proponiendo pautas asequibles de humanización entre los pueblos, impulsando todos aquellos elementos humanos que sirven para el entendimiento pacífico entre los hombres, insistiendo en la idea

de que solo en la fe se encuentra la garantía de llegar a una paz verdadera y estable. Y todo esto, puesto en manos de María, la gran y *eficacísima intercesora* por la paz.

La encíclica concluye con una confiada oración a María, que reproducimos como expresión y síntesis de la total confianza de la comunidad cristiana en la intercesión de María, Reina de la Paz:

*Mira con maternal clemencia,
Beatísima Virgen, a todos tus hijos.
Atiende a la ansiedad de los sagrados
pastores que temen que la grey a*

ellos confiada se vea lanzada en la horrible tempestad de los males; atiende a las angustias de tantos hombres, padres y madres de familia que se ven atormentados por acerbos cuidados, solícitos por su suerte y la de los suyos. Mitiga las mentes de los que luchan y dales “pensamientos de paz”; haz que Dios, vengador de las injurias, movido a misericordia, restituya las gentes a la tranquilidad deseada, y los conduzca a una verdadera y perdurable prosperidad.

NOTAS

1. Al término de la II Guerra Mundial se formaron dos grandes bloques, Estados Unidos y la Unión Soviética, entre los que existía una gran tensión, sobre todo cuando en 1962 se produjo la llamada “crisis de los misiles”, a raíz del derribo del avión espía norteamericano U2 sobre territorio soviético. Esta crisis de fondo se vio agravada, entre otras circunstancias, por las protestas sociales contra la guerra de Vietnam, la invasión de Checoslovaquia por las tropas soviéticas, las revueltas de mayo de 1968 y los asesinatos de **John F. Kennedy**, **Robert F. Kennedy**, **Martin Luther King**, **Malcon X**, etc. Un clima, como se ve, de una gravedad extrema, completamente propicio al estallido de la que habría sido la III Guerra Mundial.
2. **Pablo VI**, encíclica *Christi Matri* (15 de septiembre de 1966), n. 2.
3. **Pablo VI**, encíclica *Christi Matri* (15 de septiembre de 1966), n. 1.
4. **Pablo VI**, *Discurso a los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante el Gobierno central de la India* (3 de diciembre de 1964).
5. Cfr. AAS 57 (1965), pp. 877-885.
6. **San Agustín**, *Sermón* 169, 13.
7. **San Agustín**, *De civitate Dei* 19, 11.
8. **Pablo VI**, encíclica *Christi Matri* (15 de septiembre de 1966), n. 5.
9. Es una ‘intercesión’, de todas formas, que debe ser ‘insertada’, y por eso mismo ‘entendida’, en el contexto de la persona y de la acción del Espíritu Santo, presentado por **Pablo** como “aquel que acude en auxilio de nuestra debilidad. Porque nosotros no sabemos a ciencia cierta lo que debemos pedir, pero el Espíritu *en persona intercede por nosotros con gemidos sin palabras*; y aquel que escruta el corazón, conoce la intención del Espíritu, porque este *intercede por los consagrados* como Dios quiere” (Rom 8, 26-27).
10. **Juan Pablo II**, encíclica *Redemptoris Mater* (25 de marzo de 1987), n. 21.
11. Cfr. **A. M. Calero**, *María, signo de esperanza cierta*, CCS, Madrid, 2010, pp. 76-87.
12. **Dionisio Cartujano**, *In tertium librum Sententiarum*.
13. **San Ireneo**, *Adversus haereses* 3, 22.
14. **Pablo VI**, encíclica *Christi Matri* (15 de septiembre de 1966), n. 5.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 112,50 € / UE: 168,48 € / OTROS PAÍSES: 162 € / 47 NÚMEROS AL AÑO
Tel: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.videanueva.es

Nombre y Apellidos: C.P.:
Dirección:
Población: Provincia: País:
CIF/NIF (IDNI): E-mail: Tel:

FORMA DE PAGO

Adjunto cheque bancario a nombre de PPC, S.A.



C/ Ingresos 2 Urb. Prado del Espino, 28640 Boadilla del Monte (Madrid)
Tel.: 914 226 240 / Fax: 914 226 110 / Correo electrónico: apcc@ppc-editorial.com
Le informamos que sus datos serán incorporados con fines mercantiles al Registro de Clientes del que es responsable PPC, Editorial y Distribuidora, S. A., C/ Ingresos 2 Urb. Prado del Espino 28640 Boadilla del Monte, Madrid. Los datos que nos facilite podrán ser cedidos con fines comerciales incluso publicidad por medios electrónicos, y las empresas de nuestro Grupo que constan en la siguiente URL: <http://www.grupo-sfn.com>; si usted lo desea, por favor, comuníquenoslo.

Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	CC	NÚMERO DE OFICINA

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta:

Banco o Caja:

Fecha: Firma: